

Gustavo Labatut G.

VICUÑA MACKENNA Y SARMIENTO

Refiere don Benjamín Vicuña Mackenna en su *Diario de Viajes*, una de las obras con que se inicia en el mundo de las letras, que a su paso por Buenos Aires en la segunda quincena de Agosto y primeros días de Septiembre de 1855, de regreso a la patria después de tres años de fructífero peregrinaje por Norte América y Europa, tuvo oportunidad de tratar íntimamente a don Domingo Faustino Sarmiento.

El célebre pedagogo, publicista y político argentino, no inspira a nuestro historiador ninguna simpatía. Así, en los párrafos de su libro en que a él se refiere, abunda la crítica acerba, despectiva, cruelmente dura. Aunque hace plena justicia a la sencillez espartana de su vida privada, lo juzga un petulante envanecido de su talento y de los servicios prestados a Chile y a la República Argentina.

«Sarmiento es el Dumas de la literatura sudamericana—dice.—Nunca, tal vez, el sol de nuestro continente engendró una fantasía más exaltada, más ardiente, más fecunda y brillante, y también más disparatada y embustera. Sarmiento tiene una imaginación maravillosa y una pluma que calca fielmente todos los atrevidos contornos de su fantasía: pluma de avestruz de la Pampa por los magníficos razgos que describe y por los grandes disparatazos que en ellos intercala. Talento

verdadero tiene muy poco, sentido común ni un átomo, y su vanidad no cabe en toda la Pampa...» (*Páginas de mi Diario durante tres años de viaje. 1853-1854-1855. Santiago, 1856. Capítulo XXXI, pág. 392*).

Su actuación en la vida pública no le inspira mayores consideraciones. La considera propia de un político falso, desprovisto de ideales, que carece de principios fijos, dispuesto a servir al bando o a la persona que su capricho o su fantasía le sugieran.

Delicada sobre manera era la condición política de la Argentina en la época en que por primera vez la visitó Vicuña. Derribado para siempre el poder omnímodo del tirano Rozas el 3 de Febrero de 1852 en la batalla de Caseros, el General don Justo José de Urquiza, vencedor en esa memorable jornada, no consiguió por de pronto imponer su autoridad ni restablecer el orden público, y una nueva era de agitaciones intestinas se abre en ese país, que había vivido horas crueles en sus repetidos e infructuosos ensayos de organización política desde la época de la Independencia. El nudo de la dificultad consistía en la resistencia opuesta por la provincia de Buenos Aires para incorporarse a la Confederación Argentina.

Reunidos en San Nicolás de los Arroyos, los gobernadores provinciales adoptaron el 31 de Mayo de 1852 el acuerdo de convocar un Congreso General Constituyente, cuya sede sería la ciudad de Santa Fé; mientras se dictaba la Carta Fundamental de la República, confiaron a Urquiza el mando de la fuerza armada con el título de Director Provisorio.

Aunque esta fórmula—la única lógica y sensata, por cuanto tendía a asegurar la unidad nacional puesta en peligro por las desmedidas ambiciones de los caudillos y por las rivalidades entre las provincias—fué rechazada por Buenos Aires, que se separó de la Confederación, la Asamblea Constituyente se reunió en el lugar fijado, y, después de una amplia discusión, aprobó el 1.º de Mayo de 1853 la Constitución Federal que rige hasta hoy en la vecina República.

Presidente constitucional de la Confederación argentina fué designado el general Urquiza.

La provincia de Buenos Aires, como era de esperarlo, no

aceptó la Constitución Federal de 1853; se dió otra particular y se mantuvo alejada de la unidad nacional hasta 1862.

A don Benjamín Vicuña Mackenna le correspondió, pues, en el viaje de que nos ocupamos, ser testigo de acontecimientos políticos acaecidos en una época en que Buenos Aires era de hecho independiente, y en los cuales cupo destacada actuación a don Domingo Faustino Sarmiento.

Las aclaraciones anteriores permitirán apreciar el alcance del juicio que sobre la personalidad política de Sarmiento emite Vicuña Mackenna: «Un día amanece con el humor *San Juanino*—Sarmiento era natural de la provincia de San Juan,—y escribe contra Buenos Aires; otro día amanece con el espíritu *porteño* y escribe contra Urquiza, y otras veces se levanta con el humor a la gineta galopando por la Pampa y atropella a todo el mundo, excepto a su sagrada y real persona...» (Obra citada, pág. 393).

Tan apasionados dictionarios no quedaron, naturalmente, sin respuesta.

El Nacional de la Semana, periódico de Buenos Aires que redactaba el propio Sarmiento, dió cabida en sus columnas al capítulo en que Vicuña relata sus impresiones sobre la metrópoli del Plata; pero en un artículo titulado *Los Viajes del señor Vicuña Mackenna*, el ofendido rectifica los conceptos que ha merecido al joven escritor chileno.

Comienza declarando que al reproducir en su periódico los escritos de Vicuña, desentendiéndose de los ataques que envuelven hacia su persona, lo ha guiado el propósito de alentar a un principiante. «No haría mención de estos agravios—agrega más adelante—si la prensa de Chile no hubiera levantado su voz en defensa nuestra, hallando impropias e inmotivadas las palabras de Vicuña».

Acompaña una carta que desde Chile le dirigió uno de sus discípulos; en ella se lee lo siguiente: «El día que se publicó la granizada contra Ud., algunos de los amigos de Vicuña lo recibieron en la librería de Morel y Valdés, calle de la Compañía, donde él concurre, con la siguiente increpación: ¿Qué ha hecho? ¡Todo el mundo ha tenido a mal lo que ha dicho del señor Sar-

miento! Y, en efecto, salvo los muy allegados a ese mozalbeta casquivano, todo el mundo ha reprobado sus dicterios».

Lo acusa, por último, de haber traicionado la cordialidad que le dispensó, dando a la publicidad con dañada intención, las quejas que oyó de sus labios como ex-funcionario público de Chile contra los gobernantes de nuestro país. Declara que si hubiese querido dar libre curso a sus agravios, tenía la prensa de Chile y la de Buenos Aires para hacerlo, «sin necesidad de que un oficioso mal intencionado lo hiciese por nosotros». (Véase el comunicado aparecido en *El Ferrocarril* de 29 de Noviembre de 1856).

Los amigos, discípulos y admiradores que Sarmiento dejó en Chile y que formaban legión, salieron también a la palestra en defensa de la dignidad ultrajada del venerado maestro y en el calor de la polémica, exaltadas las pasiones no dejaron de prodigar a Vicuña los más acerbos reproches y las más envenenadas invectivas.

En *El Mercurio* de Valparaíso del 6 de Agosto de 1856, aparece con el título de «Trazos de vigorosa elocuencia tomados de los viajes en castellano del célebre lingüista don Benjamín Vicuña Mackenna, para modelo de nuestros jóvenes literatos», un artículo que firman «unos amigos de la instrucción de los niños».

Prueba elocuente de los extremos a que puede conducir el fanatismo partidarista, la obsecación, el aturdimiento que produce el odio, son esas líneas arrogantes y declamatorias en que el autor o los autores, parapetados tras la impunidad del anónimo, dan libre curso a sus mezquinos sentimientos.

«Un niño de escuela, se afirma allí, no habría escrito los mil disparates, los mil barbarismos que se notan en cada página de los celeberrimos viajes del *non plus ultra*, del sin par en este mundo don Benjamín Vicuña Mackenna». Vicuña es hombre que ha alternado en Europa con altas capacidades. Conferenció sobre ciencias con Humboldt, sobre historia con César Cantú, sobre poesía con Lamartine», y si en París hubiese encontrado vivo a Salvat, de seguro que le habría dado lecciones de gramática castellana y enseñándole el arte de bien decir (de decir disparates). En París se las tuvo tiesas a los

napoleonistas parisienses, porque el don Benjamín es el más perfecto modelo de republicanismo.

Habituado al trato de celebridades europeas, encontró hormigas a los americanos, y todos se han apresurado a rendirle acatamiento. Al hablar de Buenos Aires «dirige un burlón al señor Sarmiento, negándole sus servicios en Chile y hasta su capacidad, que todos le reconocen». Sacrifica al maestro argentino, «mal querido en Chile por una docena de mozalbetes casquivanos», siendo como es innegable su valiosa contribución al progreso de nuestra educación primaria. En 1842, cuando Sarmiento daba principio a sus tareas docentes, Vicuña aprendía a leer en textos redactados por el patricio argentino, a quien ahora zahiere a la distancia.

Termina el artículo dando a Vicuña un irónico consejo: «Entre a la escuela y aprenda su propio idioma; no es tiempo que escriba viajes quien no sabe escribir una proposición».

Diez días más tarde, el 16 de Agosto, aparecía en la sección comunicados de *El Mercurio*, una carta a Vicuña Mackenna firmada por «Unos amigos de Sarmiento», menos violenta y más convincente que el artículo que acabamos de analizar.

En ella, «venciendo la natural simpatía que inspira un joven que se inicia en el mundo de las letras a los que se interesan por el progreso de la literatura nacional, se lamenta que Vicuña «haya descendido a enlodar la reputación de un hombre cuya capacidad, ni aún sus más encarnizados enemigos, han puesto jamás en duda». Entra, en seguida, la carta en referencia, a refutar los injustos y duros calificativos que aplica nuestro historiador a Sarmiento en los párrafos del Diario citados más atrás. Que talento verdadero tiene muy poco, el mismo Vicuña se encarga de desdeñarse y prueba lo contrario al sostener que Sarmiento es el Dumas de la literatura sudamericana, porque «¿puede ser un Dumas el que tiene poco talento?». En cuanto a que no tiene ni un átomo de sentido común, «es un cargo que no se puede tomar en cuenta seriamente sin cubrir de ridículo a cualquiera que lo haga». El hecho de que Sarmiento sea el autor de la primera obra sobre enseñanza aparecida en la América española, *La educación común*,

obra impresa por cuenta del Gobierno de Chile, revela el gran talento y la fuerte dosis de sentido común de que estaba dotado.

Es la pasión partidarista la que extravía a Vicuña; si hace la apoteosis de Mitre, es porque con él compartió las amarguras de la prisión a raíz del fracasado pronunciamiento militar del coronel Urriola, el 20 de Abril de 1851.

No todos los defensores de don Domingo Faustino se escudaban, sin embargo, en el anónimo.

Uno de los más vehementes, don Tomás Martínez, dirige a Vicuña Mackenna una apasionada carta, insertada en *El Mercurio* del 28 de Agosto. Le manifiesta en ella que el escritor que, sin perseguir altos fines de bien público, utiliza la burla y el desprecio para echar por tierra la buena reputación de un hombre de importancia, causa más daño a la sociedad que los más atroces tiranos. Conoce los móviles que impulsan a Vicuña a convertirse en el detractor de Sarmiento, y que no son otros que la envidia y el rencor. Es la misma pasión mezquina que impulsó a los redactores—uno de los cuales era el propio padre de don Benjamín, don Pedro Félix Vicuña—de un periódico de circunstancia, *El Diario de Santiago*, a acumular tantas vilezas contra el maestro argentino. «Sin embargo, a pesar de todo, algunas veces, fascinado por el verdadero talento y la virtud del señor Sarmiento, se le escapan conceptos contradictorios, mezclados de elogios y groseros insultos».

En cuanto a la vanidad de que se le acusa, perseguido y calumniado como ha sido por ruines escritores, se ha visto en la necesidad de defenderse. Es más grande de lo que Vicuña cree. Si como todo hombre tiene defectos, eso no autoriza para que se le injurie. «Esa misma tenacidad con que los hombres han perseguido y persiguen al señor Sarmiento, me hace presentir que no es tan pequeño ni tan vulgar como dicen sus enemigos».

Si el anónimo había dejado indiferente a don Benjamín, la aparición de una firma responsable hizo revivir su ardor de polemista, y el 30 de Agosto se dirige a los editores de *El Ferrocarril*, manifestándoles que había pensado contestar la carta abierta aparecida en *El Mercurio* del 28; pero que, informado

positivamente por su amigo íntimo don Santiago González, de que el «miserable deslenguado» que se permitió aludir a su padre de un modo ofensivo, no es el respetable caballero de Santiago del mismo nombre y apellido del firmante, sino un pedagogo de Valparaíso, discípulo de Sarmiento—a quien atribuye, por otra parte, los dos anónimos publicados en *El Mercurio*,—declara despectivamente que prefiere guardar silencio a pesar de que su ofensor parece encaprichado en obtener respuesta.

No transcurrió mucho tiempo sin que nuevamente se ofreciera a don Benjamín Vicuña Mackenna la oportunidad de exteriorizar la animadversión que le inspiraba don Domingo Faustino.

Pronto nuestro gran historiador se hizo el portavoz de una idea tan noble como simpática, la de erigir un monumento que recordara a la posteridad las glorias del general San Martín y su pluma, abundante y apasionada, no reconoció punto de reposo hasta ver sus esfuerzos coronados por el éxito.

En *El Suplemento a El Ferrocarril* número 298 de 9 de Diciembre de 1856, se inserta un artículo de Vicuña Mackenna titulado *Estatua Sudamericana del General San Martín*, en el cual, al mismo tiempo que da forma a la idea, traza un paralelo entre los dos más plecaros libertadores de la América española, Bolívar y San Martín, con la no disimulada intención de hacer resaltar la grandeza de éste.

Y en medio del entusiasmo que despierta en su alma la brillante personalidad del general argentino, no olvidó satirizar a Sarmiento en unas cuantas líneas sumamente cáusticas, que motivaron una réplica inmediata del ofendido en el periódico de Buenos Aires que redactaba, réplica que fué conocida en Chile porque se publicó en *El Ferrocarril* del 7 de Marzo de 1857.

Manifiéstase su autor extrañado de haberse atraído la persecución de Vicuña Mackenna. Cita para comprobar su afirmación el siguiente párrafo tomado del artículo ya mencionado del autor del Diario de Viajes: «La vida de San Martín, como la de Bolívar, no ha tenido la suerte de Washington, que encontró en Jarred Spark su digno biógrafo. La vida de

San Martín aún no ha sido escrita; la que publicó García del Río es un elogio oficial del subalterno, la que Gerard escribió después de su muerte, es una necrología de familia, el parangón apasionado de Mosquera es una polémica personal y la más importante, escrita por Sarmiento, es el mismo fárrago, ya elevado, ya extravagante, de todas las producciones de este célebre escritor. Comienza la introducción de la vida del gran capitán, contando una aventura de camaradas, y la concluye con la bufona aventura del padre Pata...»

Aún suponiendo que ese escrito,—que el propio Vicuña califica la más importante biografía de San Martín escrita hasta entonces,—constituya un lunar entre sus producciones, no sería ese suficiente fundamento para emitir un juicio global y tan determinadamente desfavorable sobre el autor. «¿Quién se ha de tomar la molestia de examinar siquiera los ensayos del joven Vicuña, que puede muy bien convertirse en un escritor; pero que aún carece de juicio para apreciar los hechos?» Antes de salir de Chile, se le pidió un cuadro biográfico de San Martín para acompañar su retrato en un álbum o Galería Nacional de retratos, publicado por Desmadryl, y trazó a la ligera un bosquejo liviano, ameno, de lectura fácil y agradable, como deben ser esa clase de trabajos, a los cuales sienta mal la gravedad histórica. Y en cuanto a su bondad, se remite a la opinión de Vicuña Mackenna que, como hemos visto, se encarga de expresar que es la mejor biografía de San Martín aparecida hasta entonces.

¿Cómo explicarse la abierta antipatía que inspira a don Benjamín Vicuña Mackenna la personalidad del célebre maestro, escritor y político argentino, y que lo arrastra a menudo a violentas intemperancias de lenguaje?

Preciso es no olvidar que la polémica entre ambos tiene lugar durante el Decenio Montt (1851-1861); que Vicuña Mackenna, miembro entusiasta del partido liberal y adversario ardoroso de la candidatura presidencial de don Manuel Montt, había sido víctima de la persecución gubernativa y forzado a expatriarse por tal motivo.

Sabido es también que a don Domingo Faustino Sarmiento, amigo íntimo y escuchado consejero de Montt, le cupo

parte activa en la reñida lucha política que llevó al sillón presidencial al candidato del viejo partido pelucón.

¿Puede causar admiración, entonces, que el partidarismo político cegase a un joven que aún no contaba cinco lustros de vida, hasta el extremo de hacerlo olvidar el talento, la virtud y los merecimientos de un hombre ilustre, para fijar sólo su atención en los defectos de su carácter o en los puntos débiles de su personalidad?

Por lo demás, don Benjamín Vicuña Mackenna, naturaleza ardiente, desbordante de actividad, de hondas y sinceras convicciones, se vió a menudo envuelto en el curso de su accidentada existencia, en violentas querellas de carácter personal y en más de una oportunidad debió sentarse en el banco de los acusados. Fueron esas otras tantas ocasiones en que brilla con la más viva luz su imponderable talento, su energía, su valor, su desprecio por los halagos de la popularidad siempre que creía luchar por los fueros del bien, de la justicia y de la verdad. Son esos también los momentos en que el observador imparcial no sabe qué admirar más, si las cualidades que adornan a esa existencia privilegiada o los defectos que la oscurecen. ¡Tan rica en contrastes era la personalidad de quien supo revelarse como el más chileno de nuestros historiadores!

